



Es propiedad.

EL BUEN COMBATE

*facilitado á toda clase de personas por medio de
sencillos opúsculos de controversia popular.
—Nueva serie mensual de libritos ilustrados.*

1. **El pan del pobre**, por el Dr. D. Félix Sardá y Salvany, Pbro.
2. **¿No es hora todavía?** por el Dr. D. Félix Sardá y Salvany, Pbro.
3. **De Carlos á Manuel y viceversa**, correspondencia epistolar, por Antonio.
4. **El deber de la limosna**, por el Dr. D. Félix Sardá y Salvany, Pbro.
5. **De Carlos á Manuel y viceversa**, correspondencia epistolar (segunda parte), por Antonio.
6. **Sol de las almas**, por D. Félix Sardá y Salvany, Pbro.
7. **Credo, ó refugio del cristiano en los actuales tiempos**, libro I, por Mons. Gaume.
8. **Credo, ó refugio del cristiano en los actuales tiempos**, libro II, por Mons. Gaume.
9. **La acción antimasónica**, por el Dr. don Félix Sardá y Salvany, Pbro.

R. 3531108

12
62581

TERQUEDADES CATÓLICAS.

QUIÉN no ha oído ó leído alguna vez esta palabra, aplicada al Papa, á los Obispos, á los Curas, ó simplemente á todo buen hijo de la Iglesia? ¿Quién no la ha visto usada mil veces por la impiedad, ora en son de censura é invectiva cuando el impío es de la clase de los crudos y desenmascarados, ora en son de compasión cuando el impío es de los solapados y mogigatos? Porque han de saber Vds. que también hay impíos á lo místico, como hay lo-

bos con piel de oveja. ¿Quién finalmente no oyó decir mil veces á ciertas gentes: «Está visto; el Papa es un *terco* en no transigir con los hechos consumados: el clero es un *terco* en no poner buena cara á las conquistas de la civilización; los neos son unos *tercos* enemigos de todo progreso?» Pues, señor, cayóme en gracia tiempo ha la palabrilla, y sobre ella quiero echarles hoy á mis solícitos lectores este reducido librejo.

Que los católicos, desde el Papa inclusive hasta inclusive el último sacristán de aldea, tenemos como herencia de familia nuestras terquedades, es innegable verdad que no podemos disimular, ni queremos, ni hay para qué. De casta nos viene, y punto redondo. Jesucristo, Hijo de Dios vivo, llevó azotadas las espaldas y traspasados piés y manos pura y simple-

mente por sostener con inconcebible terquedad su carácter de Hijo de Dios y el derecho que le asistía para predicar su celestial doctrina, que no debió sentárseles bien á unos cuantos caballeros particulares de Jerusalén que disponían de la cosa pública. Jesucristo fué acusado de perturbador del orden, de alborotador de las conciencias, de enemigo de la legalidad existente, lo cual trae involuntariamente á la memoria una de dos: ó que los fariseos de entonces eran gente muy adelantada y al nivel ya de todos los progresos revolucionarios de nuestro siglo, ó que los fariseos de hoy son gente muy trasnochada y rancia que nada nuevo ha sabido inventar contra Cristo desde aquella fecha. Como quiera que sea, lo cierto es que nuestro Divino Jesús, con todo y ser tan graves y tan sentadas y tan legales estas acu-

saciones, mantúvose en sus trece, y por terco é intransigente lo pagó con la vida.

¿Y los Apóstoles? ¡Válganme aquí los sabios todos del Sanhedrin! ¡A cuántos dimes y diretes no dió lugar su pasmosa terquedad!

—¡Que no habéis de predicar á Cristo resucitado!

—Eso predicaremos una vez y tres más, mientras nos quede lengua para hacerlo.

—¡Que os lo prohibimos con prohibición formal! (*præcipiendo præcipimus vobis*)!

—Hemos de obedecer primero á Dios que á los hombres.

—¡Al palo con ellos! ¡Que se les administren cuarenta azotes por barba!

—Vaya con Dios. Ni por esas. Azotados quedaremos, pero no mudos ni renegados.

Y tercios á más y mejor, y protestando que no habían de callar por paliza más ó menos, es lo cierto que dejaron herido de muerte al Judaísmo en el corazón, es decir, en su propia capital Jerusalén, y floreciente allí mismo la fe cristiana.

Y el infierno, derrotado en esta primera escaramuza, ensanchó, como se diría hoy, su campo de operaciones, y trasladó la batalla al vasto imperio romano, en donde contaba con medios de acción algo más resueltos y poderosos que en la capital de la pequeña y arrinconada Judea. Había allí emperadores cuyo solo fruncir de cejas era sentencia de muerte para cualquier desdichado; leyes *ad hoc* confeccionadas para proteger la libertad del error, ahogando de paso la libertad de la verdad, ejércitos orgullosos con la conquista del mundo á quien tenían

aherrojado; una sociedad, en fin, blanda, condescendiente, indulgente con toda corrupción y todo extravío, al paso que feroz, intolerante hasta lo sumo con todo lo sano, íntegro y honrado. En una palabra. Al contemplar nuestra sociedad de hoy y nuestras legislaciones y nuestros Gobiernos europeos, se ve que á marchas forzadas andamos acercándonos al ideal de aquella sociedad, de aquellas leyes y de aquellos gobernantes.

Pues bien. Aquella fué para el naciente Cristianismo la segunda batalla, y con tan desventajosas condiciones tuvo que aceptarla. La terquedad sublime de aquellos fervorosos creyentes mereció la victoria, y la obtuvieron, ó mejor, la compraron con torrentes de sangre generosa.

¡Qué satánica dureza en los tiranos y verdugos! Pero en cambio ¡qué he-

roica terquedad en las gloriosas víctimas! Descubierta la creencia cristiana de uno de esos invictos atletas, y delatada al feroz tribunal, el discípulo de Cristo era conducido ante los magistrados públicos, y el interrogatorio á que se le sujetaba, y las respuestas con que él satisfacía el interrogado, eran casi siempre iguales. Bien fuese tierno niño ó débil anciano, gallardo mozo ó delicada doncella ó respetable madre de familias, en cualquiera de estas tan varias condiciones la respuesta del Mártir era invariablemente la misma.

—¡Reniega de tu fe! ¡Adora nuestros dioses!

—¡Soy cristiano!

—¡Si accedes, te colmaremos de honores; si rehusas, te despedazaremos á puros suplicios!

—¡Soy cristiano!

—Abriremos á azotes tus carnes;
abrasaremos con planchas tus costados;
derramaremos sobre tus heridas
aceite y plomo hirvientes; tritutare-
mos con piedras tus muelas y quijadas;
introduciremos en tus uñas cañas agu-
das; te asaremos en parrillas á fuego
lento...

—¡Soy cristiano!

—Verás el oprobio de tus hijas y la
deshonra de tus canas; te seguirá al
suplicio un cortejo de víctimas, pren-
das escogidas de tu corazón, que una
palabra tuya puede perder ó hacer
felices.

—¡Soy cristiano!

—¿Eres cristiano? ¡Verdugos eje-
cutad el horrible programa! al caba-
llete, á los garfios, á las tenazas can-
dentes, á los leones...

—¡Soy cristiano! ¡Soy cristiano!
¡Soy cristiano!

Y millones de hijos de la fe mueren durante tres siglos, ¡durante trescientos años, con ese grito en los labios, y su sangre corre á ríos, regando como lluvia fecunda todas las regiones del mundo. Y cuando la Providencia, valiéndose de la espada vencedora de Constantino, interviene en el gigantesco combate para terminarlo en favor de la Iglesia, el mundo se contempla con sorpresa ya casi enteramente cristiano. La sublime *terquedad* de tres ó cuatro generaciones de Mártires había obrado el prodigio.

Y así siguiendo siglo por siglo la historia de la Iglesia, todas las páginas de ella andan llenas de nuestra incomprendibles *terquedades*. Ya es Gregorio VII que en lucha formidable con todo un Emperador de Alemania muere abrumado de padecimientos, repitiendo empero en su agonía las siguientes

palabras, compendio de una dilatada vida de borrascas y de combates: *He amado la justicia y he aborrecido la iniquidad; por esto muero en el destierro*. O bien son Anselmo de Cantorberi y Estanislao de Cracovia, obispos, quienes derraman su sangre por sostener con invencible fortaleza la supremacía de su háculo pontifical y la libertad del ministerio eclesiástico. Porque no se crea que sea cosa nueva en el mundo eso de que un ministro como Bismark, ó cuatro tiranuelos como los de otras partes, hagan á sabiendas una ley contraria á los derechos eternos de la Iglesia, y opriman luego á la Iglesia por la convincente razón de que no quiere reconocer como buena la perversa ley. En otras ocasiones lo hemos dicho, y quisiéramos no se olvidase. El infierno es siempre el mismo; y á pesar del innegable talento

de Satanás, sus persecuciones giran siempre dentro de un mismo círculo vicioso, en el cual se repiten los mismos procedimientos, las mismas excusas y hasta las frases mismas. A bien que la Iglesia les opone constantemente el mismo baluarte de su eterna terquedad, y váyase lo uno por lo otro. No hay para qué preguntar como se responde á un poderoso cuando exige de un buen católico algo incompatible con la conciencia. El *Non licet* del Bautista y el *Non possumus* del Papa están calocados á uno y otro extremo de la historia de la verdad, como para mostrar á los hijos de ella el molde con que se forman los héroes y la peña donde se estrellan los tiranos. ¡Morir antes que transigir!

—¡Morir antes que transigir! Dura nos parece la frase. Nosotros que habíamos creído que la verdad y el bien

eran más que otra cosa alguna blandos y acomodaticios, adaptables á todas las situaciones de la vida, aptos para plegarse á todas las circunstancias...

—Pues anduviste, amigo mio, soberanamente equivocado si tal pudiste imaginar. Entre nosotros la verdad se se llama *dogma*, y el bien se llama *obligación*, y ambas palabras no seré yo quien niegue que suenan á algo muy duro, muy inflexible, muy intransigente. Si así no fuesen, ¿en qué se distinguiría el dogma de una opinión, y la obligación de un vano antojo? Transigencia ó transacción puede admitirse buenamente en punto á intereses; en lo que atañe á cuestiones de conciencia, transacción equivale casi siempre á traición. Se comprende que si tú me debes una cantidad transija yo contigo rebajándote la mitad de la

deuda para obtener seguro el cobro de la otra mitad. Lo que no se comprende es que afirmando tú, por ejemplo, que la nieve es negra y afirmando yo que es blanca, transijamos la cuestión conviniendo los dos en que no es blanca ni negra, sino gris, haciendo que si antes uno solo de nosotros negaba la verdad, ahora seamos los dos quienes neguemos el sentido común. A esto se exponen los amigos de transigir. Así son los que por no parecer *tercos* en la defensa de la verdad clara y desnuda, transigen con sus adversarios admitiendo una quisicosa extraña que sea verdad y se parezca todo lo posible al error, ó bien sea error conservando todas las apariencias de la verdad. Así son los que no atreviéndose á presentarse con el dictado de católicos, seco, limpio y escueto, procuran formarse un catolicismo

para su uso particular, admitiendo las palabras con adjetivos y epítetos que tiendan á hacerla menos ácida á los paladares estragados, como cuando se les llama amante del catolicismo, pero del catolismo, no ultramontano, del catolicismo tolerante, del catolicismo ilustrado y demás palabrería de este jaez! ¡Pobres gentes! Todo por no confesarse amigos del único catolicismo verdadero: el catolicismo católico! Y no te rías del pleonismo aparente de estas palabras. Es necesario expresarse así, tan desconcertado anda hasta el idioma.

De esto, pues, se nos acusa, y eso se nos tilda como una de nuestras peores terquedades. Y cuando en todo lo demás son alabados la consecuencia y los consecuentes, sólo en religión, á título de no sé qué condescendencias con el

espíritu del siglo, se nos quisiera inconsecuentes. ¡No por Dios! Llamadnos intransigentes; no nos asusta la palabra: llamadnos tercos á más y mejor; no nos deshonra. Modificaremos nuestra fe cuando se cambie Dios ó se modifique el Evangelio, ó varíen las condiciones fundamentales de su divina Iglesia.

No es al Catolicismo á quien toca conciliarse con nadie; á las leyes, á las costumbres, á las instituciones modernas toca reconciliarse con él. En las Catacumbas volverá á reunir á sus fieles si necesario fuese, antes que permitirles doblar la rodilla ante ídolos de cualquier clase que sean; y si morir pudiese él, que es inmortal, moriría como han muerto en el decurso de dieciocho siglos todos sus verdaderos discípulos, con esta palabra

en los labios, símbolo de la convicción arraigada en los corazones: *Frangi, non flecti* ! ; Morir antes que transigir!

¿No es verdad, querido lector, que son raras y por extremo curiosas nuestras sublimes terquedades?

A. M. G. D.

10. **El Santísimo Rosario**, por Campazas.
11. **Católicos... á la moda**, copiados al natural, por D.^a Matilde Troncoso de Oiz (Raquel).
12. **Católicos de verdad**, segunda parte de *Católicos... á la moda*, por D.^a Matilde Troncoso de Oiz (Raquel).
13. **¡Guerra de frente!** por el Dr. D. Félix Sardá y Salvany, Pbro.; segunda parte del opúsculo *La acción antimasonica*.
14. **Espinas, Hojarasca y Flores**, libro I, por D. Francisco de P. Ribas y Servet, Pbro.
15. **La piedad al uso**, por el Dr. D. Félix Sardá y Salvany, Pbro.
16. **Los Fariseos**, por D.^a Matilde Troncoso de Oiz (Raquel).
17. **Eucarísticas**, por el Dr. D. Félix Sardá y Salvany, Pbro.
18. **Espinas, Hojarasca y Flores**, libro II, por D. Francisco de P. Ribas y Servet, Pbro.
19. **La Caridad puesta al alcance de todo el mundo**, por al abate Mullois.
20. **Cómo se explota á los incautos**, por el abate Mullois.
21. **Liberalismo casero**, por el Dr. D. Félix Sardá y Salvany, Pbro.
22. **Quien siembra vientos...** por D.^a Matilde Troncoso de Oiz (Raquel).
23. **Espinas, Hojarasca y Flores**, libro III, por D. Francisco de P. Ribas y Servet.
24. **Cruz de oro y Cruz de plomo**, por doña Matilde Troncoso de Oiz (Raquel).
25. **Liberalismo casero**, segunda parte; por el Dr. D. Félix Sardá y Salvany, Pbro.
26. **Espinas, Hojarasca y Flores**, libro IV por D. Francisco de P. Ribas y Servet.
27. **¿Yo confesarme?** por el Dr. D. Félix Sardá y Salvany, Pbro.
28. **Cartas á un joven**, por D.^a Matilde Troncoso de Oiz (Raquel).
29. **Nuestro modelo**, por D.^a Matilde Troncoso de Oiz (Raquel).
30. **El Corazón de Jesús y las clases**

- obreras, por D. Francisco de P. Ribas y Servet, Pbro.
 31. **El Protestantismo en berlina**, libro I, por el P. Pio Mandata, S. J.
 32. **El Protestantismo en berlina**, libro II, por el P. Pio Mandata, S. J.
 33. **Los que dejan hacer**, por el Dr. D. Félix Sardá y Salvany, Pbro.
 34. **El Domingo. Al pueblo**, por el abate Mullois.
 35. **El progreso y la Iglesia**, por D. Cayetano Soler, Pbro.
 36. **Jesucristo es Dios**, por el abate Mullois.

CONDICIONES

Se publica cada mes un opúsculo de 48 páginas, con hermosas ilustraciones y elegante cubierta al cromo.

Subscribiéndose á 1 ejemplar, 1'50 ptas. al año.—Id. á 4 ejemplares, 0'50 cada mes.—Id. á 8 id., 1 peseta cada mes.—Id. á 12 idem 1'50 ptas. cada mes.—Id. á 20 ejemplares, 2'25 cada mes.—Id. á 50 ejemplares, 5 ptas.

De cuatro ejemplares mensuales en adelante puede hacerse la subscripción por uno, dos ó tres meses, un semestre ó todo un año. La colección de los opúsculos publicados se vende encuadernada en tela, formando tres tomos, á 2 ptas. cada uno. Tomando 100 opúsculos de un mismo título ó variados, 10 ptas. Franco de portes. El pago se hará por adelantado en letra, libranza ó sellos, certificando en este ultimo caso la carta.

Dirigirse á D. Miguel Casals, Pino, 5, Barcelona.

TIPOGRAFÍA CATÓLICA, Pino, 5 Barcelona.—1899.